

Sonriendo á veces á la muchacha
que de la piedra pasa al fogón,
un campesino de buena facha,
casi en cuclillas, afila un hacha,
sobre la orilla del mollejón.

Por las colinas la luz se pierde
bajo de un cielo claro y sin fin.
Allí el ganado las hojas muerde
y hay en los tallos del campo verde
escarabajos de oro y carmín.

Sonando un cuerno curvo y sonoro
viene el vaquero, y á plena luz
pasan las vacas y un blanco toro,
con unas manchas color de oro
por los jarretes y en el testuz.

Y la patrona, bate que bate,
me regocija con la ilusión
de una gran taza de chocolate,
que ha de pasarme por el gazzate
con las tostadas y el requesón.

✓ 3.—La campana

El primer día de clases. La campana da la señal de entrada y todas las chiquillas se alborotan. La vieja campana que cuelga del arco de piedra de la gran puerta que da al patio, llama á las clases.

Qué gran ternura siento por la vieja

campana que hace ya tantos años cuelga del arco de piedra de la gran puerta!

La pátina la tiene manchada en muchas partes; parece que el musgo que adorna el arco de la puerta ha venido también á crecer sobre ella. Entre los intersticios de las piedras, el viento ó un pajarito dejaron caer una semilla y allí ha crecido una *putreoreja* de flores celestes. La enredadera ha descolgado sus guirnaldas florecidas al rededor de la vieja campana. Parece una abuelita á quien los nietos han adornado con flores.

Sus repiques tienen algo de maternal. Sonaron como las palabras temblorosas de una buena abuelita que llama á sus nietos á hacer labor á su lado, para contarles consejas y enseñarles fábulas.

Las pequeñitas, las niñas que llegan por primera vez á la escuela, la han mirado con curiosidad y han sonreído. La vieja campana también les ha sonreído con su gran boca abierta y desdentada.

Las otras la han oído como se escucha á una voz amiga que há tiempo no se oye.

Ya saben lo que esta voz quiere decir: «A trabajar, no seáis perezosillas».

*

La campana sonó. Era la hora del recreo. Sus repiques entraron en las aulas alborozados y alegres como una ronda de chiquillas rubias y juguetonas, que llegaran saltando cogidas de la mano.

La lengua de Margaritilla, que siempre que su dueña escribe sale á curiosear lo que ésta traza sobre el papel, desapareció entre la boca como una mariposilla rosada que se escondiera entre la corola de una pequeña, purpurina rosa. Y en todos los frescos labios, al sonido alegre de la vieja campana, brilló temblando una sonrisa como una gota de rocío.

Las pequeñinas saltaban y corrían inquietas; por sus ojos y bocas se escapaba á chorros la alegría que retozaba en sus corazones. En todo el recinto se levantó un murmullo como de agua que corre, como de pájaros en el bosque cuando el sol sale y besa las copas de los altos árboles.

Había corros que cantaban *San Selc-rín...*, otras *Arroz con leche...* y casi todas las bocas eran ruidos de donde salían rotundos gritos que iban á perderse en bandadas en el aire brillante del mediodía.

Allá arriba, desde el arco de piedra, la campana contemplaba la niñez que se divertía. Ahora no tenía el aire de una anciana abuela sino que también ella parecía una chiquilla. Las ramas verdes de la pudreoreja jugaban con la brisa sobre ella. Qué maliciosa y juguetona estaba con el badajo que sobresalía como una lengua que *hiciera muecas!*

*

La vieja campana tocó la salida. Era el último día de clases. Sus repiques no fue-

ron alegres como una ronda de rubias chiquillas felices ni tenía el gesto malicioso y juguetón que ponía en los recreos. La pudreoreja que la adornara al principio del año se había secado y las vainillas colgaban secas á su lado. Sonaba triste, lenta; su badajo semejaba una lágrima.

Las chiquillas salían gritando sin verla. Qué iban á tener ojos para ella, cuando las vacaciones habían llegado, cuando la Noche Buena se acercaba cargada de juguetes!

«Adiós» decían todas, pero su adiós no era triste y las maestras las contemplaban alejarse, con ojos melancólicos.

Ellas no oían lo que la vieja campana les decía, ni veían el aire de desesperanza y hastío que tenía.

«Adiós, pequeñas», les decía la vieja campana. «Cuáles de vosotras volveréis? Cuántas cabecitas juveniles he visto alejarse y jamás han vuelto! Qué ha sido de ellas? Há muchos años, si supiérais! cuelgo del arco de esta puerta. Desde entonces, casi siempre por marzo me vuelvo parlanchina y cantadora: que hay que llamar para que principien las clases, que hay que tocar para el recreo, que hay que dar la señal de salida, cuánto trajín, Dios mío! Pero yo estoy contenta, soy feliz cuando siento el rumor de vuestras voces y vuestras risas cristalinas. Después os váis y nunca más os acordáis de la vieja campana que ha visto las tristezas y las alegrías que han pasado por vuestras almas inocentes, que os ama tanto.

Adiós pequeñas! A cuáles de vosotras no veré ya más?»

Las niñas se van y la escuela queda sumida en una tranquilidad que da pena. Ay! La alegría huyó entre los pliegues de los pequeños vestidos, en los ojos y en las bocas juveniles. Se piensa en un árbol al que quitaron el follaje por entre el que cantaba el viento.

*

Es de noche. La luna platea la vieja campana que cuelga del arco de piedra. El viento la mueve y el badajo toca suavemente el bronce. Dijérase que solloza.

Qué aire más pensativo y triste tiene la vieja campana! Las ramas de la enredadera que al principio del año se atavió con sus cornetas azulinas, penden secas.

«Adiós, pequeñas», murmuró la vieja campana. Ha llegado la época del silencio. Pasarán muchos días antes de que mis repiques y vuestros gritos vuelvan á confundirse bajo este techo. A cuáles de vosotras no veré más? María la de cabeza oscura y Sara la *peloncilla* tenían los ojos tan tristes y estaban tan pálidas y tan silenciosas!

Carmen Fina

Si uno quiere socorrer á los hombres, importa, ante todo, dejar de explotarlos.

*

El cuerpo se sostiene con los alimentos y el alma con las buenas acciones.